



La plenitud del poema frente al vacío de la existencia. Análisis del discurso poético

María de Lourdes Hernández

*Escuela de Letras. Facultad de Humanidades y Educación.
Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela.*

Resumen

En este trabajo se analizan algunas construcciones metafóricas del poemario “No son flores lo que traigo entre manos”, cuya autora es María Elvira Añez. El poemario fue publicado por la Facultad de Ciencias (LUZ) en 1985. Para efectuar el análisis se ha seguido a la semiótica discursiva, sobre todo en el estudio que se hace en torno al “sujeto discursivo” y se ha tomado en cuenta, también, a la lingüística cognitiva y su concepción de las estructuras metafóricas. Se seleccionaron algunas metáforas del poemario, las cuales se consideraron fundamentales, porque van tejiendo el hilo discursivo de cada poema y de todo el conjunto, y ayudan a configurar al sujeto y sus relaciones dentro del universo textual. Algunos de los ejes temáticos del poemario considerados primarios fueron: el amor y el desamor, el vacío, el recuerdo de los antepasados, el dolor de la existencia, la conciencia del cambio y la temporalidad, la irremediable soledad del hombre. Estos temas generalmente son metaforizados, como por ejemplo: la presencia-ausencia de las flores (amor-desamor; alegría-tristeza), presencia del agua (plenitud-felicidad), ausencia del agua (sequía-angustia-muerte); los árboles (vitalidad, progreso). Se cree que dos metáforas básicas organizan la estructura del poemario: la flor como símbolo de la bonanza y del amor y el agua, cuya presencia es símbolo de vida, crecimiento y plenitud. En el poemario se escuchan diferentes voces: las voces de la infancia,

las voces del patriarca (del pasado) y, por sobre todo, las voces silenciosas pero aún centellantes de la memoria.

Palabras clave: Semiótica discursiva, lingüística cognitiva, sujeto discursivo, metáfora, ejes temáticos, agua, flor.

The Plenitude of the Poem Facing the Emptiness of Existence. Analysis of Poetic Discourse

Abstract

This work analyzes some metaphorical constructions from collection of poems "These are not flowers that I bring in my hands," whose author is María Elvira Añez. The book was published by the Faculty of Sciences (University of Zulia) in 1985. To perform this analysis, a semiotic discourse was used, mainly in a study about the "discursive subject"; cognitive linguistics and its concept of metaphorical structures were also taken into account. Some metaphors selected from the collection were considered fundamental because they weave the discursive thread through each poem and the whole work and help to configure the subject and its relations within the textual universe. Some of the primary axes of the collection were considered to be: love and the lack of affection, emptiness, memory of ancestors, the pain of existence, awareness of change and temporality, the irremediable solitude of man. These are generally metaphorized, for example: the presence-absence of flowers (love-lack of affection; joy-sadness); the presence of water (fullness, happiness); the absence of water (drought, distress, death); trees (vitality, progress). Conclusions are that two basic metaphors organize the structure of the book: the flower as a symbol of bonanza and love, and water, whose presence is the symbol of life, growth and fullness. Different voices are heard in the collection: the voices of childhood, the voices of the patriarch (of the past) and above all, the silent voices that still sparkle in the memory.

Key words: Semiotic discourse, cognitive linguistics, discursive subject, thematic metaphor, axes, water, flower.

Introducción

“No son flores lo que traigo entre manos” es un poemario de María Elvira Añez, Lic. en Letras por La Universidad del Zulia. Fue publicado en el año 1985, por La Facultad Experimental de Ciencias, donde ella ejerció la docencia. Lamentablemente ya la poeta no está entre nosotros pero está su testimonio poético.

El poemario está estructurado en cinco partes. Parte I: Descubrir el agua no es mera sed, parte II: Agua de ceremonias, parte III: Tiempo de sequía, parte IV: Otros tiempos, Parte V: Los antepasados dialogan. Como recurso analítico se ha reducido los contenidos de los títulos a dos aspectos esenciales en el poemario: el agua y el tiempo.

Dos factores que afectan de manera decisiva la vida del hombre. El agua presente siempre en el espacio de las ceremonias, el agua ineludible aliento para la vida del hombre y para la persistencia de la vida en general, se transforma en símbolo de la vida misma, de la plenitud del hombre y del amor. Así, dice la poeta: “Si en esas aguas me baño/ serán amorosos mis senos” (Añez, 1985: 23). Son parte del tejido poético: el tiempo que nos persigue recordándonos lo efímero de la existencia; la memoria que constantemente nos

lleva hacia el tiempo pasado, y que suele instalarse como huésped dentro de nosotros, desencadenando la nostalgia por los tiempos idos. La figura del gran viejo de la huerta o del patriarca, sabio de menguantes y crecientes. “No son flores lo que traigo entre manos” es la palabra-metáfora de quien, evidentemente, quiere hacernos de antemano una advertencia: la de que no son exactamente flores lo que puede ofrendarnos sino palabras dolorosas, todas aquellas que pueda escribir un espíritu profundamente sensible y a la vez amoroso. El amor y la sensibilidad no suelen resistir la inclemencia de la cotidianidad, ni la aridez de la sequía afectiva. ¿Cómo puede haber flores frente a la carencia? ¿Cómo puede haber alegría, cuando...“aprendemos en la cara de rasgos lejanos/ del desamor”? (Añez, 1985:22).

1. Introducción al proceso metafórico

A lo largo del poemario se juega con la presencia-ausencia de elementos simbólicos. Entre ellos: las flores, el agua, la sequía, el fantasma. Parte del mapa emocional de la poeta está dibujado mediante el curso seguido por las metáforas construidas sobre la base de la presencia-ausencia del agua. Si hay agua, la

vida tiene sentido. El agua corresponde metafóricamente a la voz de la abuela, a la cadencia cálida y perdurable de sus antepasados: “Una vasija derrama el agua/la voz de la abuela.” (Añez, 1985:12). A veces, incluso, es tal la sequía que expresa: “Hoy la luz se secó en las estrellas/ él lo dijo/ y habló de mis ojos.”(Añez, 1985:20). La metáfora estrella= ojo implica semejanza por la luminosidad y también por la humedad. Las estrellas, como los ojos de la poeta, se han secado de luz y de lágrimas. En la metáfora anterior, la luz está asociada al agua, es por eso que se puede secar y los ojos también pueden secarse tanto de luz como de lágrimas.

2. La palabra y su relación con el recuerdo

Otro elemento binario en el poema es la presencia-ausencia del diálogo:

“Fueron bajando las voces
estamos en la hora de hablar”
(Añez, 1985:37).

“Conversan sobre troncos de castaño
sobre las frutas recogidas a los 80
sobre la soledad” (Añez, 1985:42).

Se conversa sobre el recuerdo, los otros tiempos, la muerte y la resurrección:

“Es el árbol del diálogo,
de muertes y resurrecciones”
(Añez, 1985:12).

La presencia-ausencia de la palabra es el símbolo de la vida o de la muerte. La palabra es una forma de superar la muerte, no se puede olvidar que en el poemario los patriarcas siempre dialogan, es decir, sus palabras perduran después de la muerte, la sobrepasan. La posesión y el despojo son también metáforas, fundamentalmente, de cambios existenciales, de toma de consciencia: “abandonar / en tiempo que mal encaro” (Añez, 1985:27). Se podría decir que el poemario oscila entre dos polos: la luz y la oscuridad. De una luz, quizás, apenas presentida y de la presencia de otros tiempos nada promisorios: “Investiduras y guirnaldas/ hube de abandonar” (Añez, 1985:27). Algo así como la remembranza de una infancia feliz y el recuerdo de una figura que acaricia: la del patriarca: ...“aquel viejo de la huerta está perenne/cuidando las siembras, cosechando” (Añez, 1985:41). “Yo, dijo el gran viejo inventor tenía un nido en la cabeza” (Añez, 1985:42). La evocación de la vejez llega más como el agua refrescante que como la caída ineludible del hombre. El viejo es el símbolo de la silenciosa sabiduría: ...“gran sabio de menguantes y crecientes.” El que ha subido y bajado muchas veces en el columpio inestable de la vida, y cuanto más sabe, más calla. Tener un nido en la cabeza es ser el portador de la vida misma, rehacién-

dose continuamente para garantizar el futuro. Del viejo se dice que tenía musgo en toda sus ramas, es decir, verdor profundo y humedad que hacen aún más fuerte el pulso de su existencia, es por eso que “Aquel viejo de la huerta está perenne” -nos dice- como si el tiempo no se ocupase de él, ni de sus muertes y resurrecciones, ni de sus cuitas, ni de sus arrugas.

3. El tejido temático

Diversos son los temas que se encuentran en el poemario: el tema del desamor es uno de ellos:

“El aprendizaje del amor es largo,
la vida lo distrae y lo retuerce;
es enorme la bóveda del cielo
cuando aprendemos
en la cara de rasgos lejanos
del desamor” (Añez, 1985:22).

“No construimos casa,/ de esto nada dicen las memorias./ Pedradas aquellos días que inventábamos paseos” (Añez, 1985:21).

La ausencia de hojas en los árboles, así como la ausencia del agua, es signo de carencia lo cual desencadena angustia y dolor: “Mal tiempo/árboles que tuve, deshojados,/del agua apenas la memoria del contacto” (Añez, 1985:29).

El tema de la soledad es redundante en el poemario y está conectado con la toma de consciencia, por

parte de la poeta, de su propio sufrimiento. Ella dice en un verso:

“Yo me di cuenta cuando tuve la llaga en la cara/cuando una mesa larga era sola para mí en los mediodías / cuando no hubo tardes para leer las páginas llenas de azahares de los naranjos” (Añez, 1985:42).

¿De qué se dio cuenta? De la soledad del hombre. Algunas palabras nos dan la clave para la interpretación de tan hermosa imagen: darse cuenta (toma de consciencia) implica un cambio de estado en el sujeto semiótico, llaga en la cara (fracaso), cuando una mesa larga era sola para mí (soledad), cuando no hubo tardes para leer las páginas llenas de azahares (otros tiempos, otra postura vital, otra forma de leer el mundo). En una imagen muy hermosa, ella intenta recuperar lo que ha perdido, el mito del paraíso, la fe en cualquiera de esos racimos de pensamientos, para no llamarlos de otra forma, que tejemos los hombres con desmedido optimismo y que luego, a los cuales, como en cualquier otoño se le secan las hojas y el viento se los lleva. “...busqué inútilmente apartaba el crepúsculo con el bastón, y mi huerta había huido” (Añez, 1985:42). Después de la caída o ruptura, llega el miedo y aparece una simbología de corte religioso: ... (Las negritas son nuestras). “**los muñecos se reían**, yo me asomaba a los **barro-**

tes y era silencio en la **mesa prohibida**; /nadie me curó el miedo” (Añez, 1985:42). Obsérvese la simbología religiosa: se sentó frente a la **mesa prohibida (aparece la prohibición)**, se da cuenta de su llaga en la cara (enfermedad-castigo), ya no pudo ver los azahares blancos (pérdida de la inocencia), desesperación (trataba de apartar el crepúsculo con el bastón), los muñecos se reían (diablillos del mal), “Yo me asomaba a los barrotes” (condenación). (Añez, 1985:42). Todas sus siembras se secaron (sequía-muerte), surge el miedo frente a un mundo nuevo y desconocido que prosigue a la pérdida de cualquier universo cerrado o paradisíaco. Esa transición de un mundo a otro supone que se camina de la protección a la desprotección: el cántaro de agua asociado a la voz de la abuela (símbolo del seno materno) desaparece, y aparece el temor: “...nadie me curó mi miedo” (Añez, 1985:42). El poemario plantea no sólo la pérdida de la fe en un paraíso: político-religioso-social-familiar-íntimo, donde todo estaba perfectamente teorizado, organizado, planificado, sino que se describe la “caída” en un mundo abierto y desordenado, azaroso donde la imaginación, la creación, la inteligencia, pero por sobre todo la aceptación del dolor y de la soledad, son la única forma de sobrevivir.

4. La narratividad en el poemario

La semiótica discursiva, tal como lo explica Courtés (1980), se refiere al sujeto semiótico el cual lo es por el querer, por el poder y por el hacer. El sujeto que no logre la conjunción con el objeto deseado es un sujeto disjunto, y por lo tanto frustrado. Los haceres del sujeto están encaminados a ese fin: el logro de su competencia. En el tránsito por la narratividad, el sujeto se encuentra con obstáculos llamados oponentes los cuales tratarán de impedir sus metas. Veamos como se describe este proceso “Pedradas aquellos días que inventábamos paseos.../ por caminos de piedras sin podernos alegrar. / Hostilidad de piedra” (Añez, 1985:21). En el poemario no se señala de forma concreta un oponente, sólo se sugieren o se muestran sus consecuencias: “Mal tiempo/ árboles que tuve deshojados” (Añez, 1985:28). Se observa la presencia continua de un sujeto semióticamente disjunto, es decir, que se encuentra en disjunción con el objeto del deseo, y esto constituye esencialmente su drama: el deseo no satisfecho. Tampoco se esboza claramente cuál o cuáles deseos prevalecen en el sujeto, con excepción del deseo amoroso, al cual se alude claramente. Lo que si se observa es la aparición de la narratividad, que según la

semiótica discursiva es la discontinuidad en una hipotética continuidad donde, se supone, no existen los vaivenes del sujeto deseante en continua búsqueda:

“Es el árbol del diálogo,
de muertes y resurrecciones;
subiendo por la enredadera del tronco
está la historia de un fantasma,
de una soledad”
(Añez, 1985:12).

5. Análisis de algunas metáforas conceptuales y sus variantes en lengua

Nos dedicaremos ahora, brevemente, al análisis de algunas metáforas. Siguiendo a la lingüística cognitiva, la metáfora es concebida como: “esquemas abstractos que sirven para agrupar expresiones metafóricas” (Cuenca y Hilferty, 1999:100).

“Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora... impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica.”
(Lakoff y Johnson, 1980:39).

Boves dice al respecto: “La metáfora no sólo descubre analogías entre los referentes, sino que las crea, ayudando así a construir una nueva realidad y abriendo el pensamiento a unos modos de ver la reali-

dad... “La metáfora actúa como modelo para ver la realidad” (Boves, 2004:25).

Según la lingüística cognitiva hablaremos de metáforas conceptuales, es decir, metáforas que son patrimonio de la mayoría de los hablantes. Ahora bien, esas metáforas se manifiestan en el texto en distintas expresiones metafóricas, las cuales forman como una especie de red alrededor del núcleo conceptual metafórico. De las metáforas conceptuales tomamos: el agua y las flores, la metáfora del fantasma, la metáfora del despojamiento, y la metáfora del dolor y de la soledad.

Analicemos pues las metáforas señaladas. La metáfora del agua, aparece de dos formas: ausencia o presencia. Puede decirse que es la metáfora nuclear. Se encuentra en el poemario un movimiento pendular que va desde la ausencia a la presencia del agua. Desde el título de la parte I se nombra el agua: “Descubrir el agua no es mera sed”. “El fantasma aprende sensaciones de la arena”-dice- y añade: “Un día de lluvia/le atarea el descubrimiento del agua” (Añez, 1985:11). En otro poema expresa: “Una vasija derrama el agua, /la voz de la abuela/ me llama para que le cuente” (Añez, 1985:12). Es evidente que la voz de la abuela está ligada al agua. El agua es caricia maternal, es sobre todo infancia. La parte II se llama: “Agua de ceremonias” y dice:

“Amigo
es necesario comprender que hay días
en que el agua es
-más que entre otros-
solamente apropiada para las
ceremonias.”
(Añez, 1985:19)

Con estos versos el agua entra en el terreno de lo mitológico-religioso. Pero hay días de carencia y de sequía. Tal vez esos días no llueven las caricias de la abuela, ni se vacía el agua del cántaro de la infancia, ni encuentra la humedad del musgo en el patriarca. Alguna vez el agua es acariciante y maternal, pero el poema se titula: “De leyendas oídas en los sueños”, es decir se trata simplemente de las sensaciones de un sueño.

La metáfora de la sequía está conectada con la muerte, el sufrimiento, la soledad y el miedo. Cuando se guarda del agua “apenas la memoria del contacto”, se es consciente de que se vive en un tiempo distinto. Tal vez en ese tiempo que ella recuerda y dice “Yo vivo en un pueblo de casas blancas donde todos se volvieron locos” (Añez, 1985:42). La metáfora del miedo se expresa con frecuencia: “Caminando entre árboles al anochecer/ el fantasma encara el miedo” (Añez, 1985:14). En el poema titulado **El lugar necesario** se expresa el encuentro deseado:

Brisas para peinarse,
el pie de los árboles para sentarse,

sombreados para caminar,
ilímites de verde, de agua,
de buena tierra donde confiar.
Es la necesidad y la amo.”
(Añez, 1985:24).

En realidad ese lugar nunca llega, se hace presente la sequía y así la parte III del poemario se titula: **Tiempo de sequía**. El tiempo de sequía es el tiempo del despojo, de la soledad, y del dolor. La metáfora del despojo prevalece ahora. En la parte III, Tiempo de sequía un poema se titula: “**Apremia el tiempo a prescindir de flores**”. Es en ese poema donde se inscriben el verso:

“No son flores lo que traigo entre manos”. “Instituciones y guirnaldas/ hube de abandonar/ en tiempo que mal encaro” (Añez, 1985:27).

En **Tiempo de Sequía** dice:

“Mal tiempo/ árboles que tuve deshojados/ del agua apenas la memoria del contacto” (Añez, 1985:29).

En “**Cómo se esconde un trono**” dice: “Regalado he el traje de princesa.” Es la metáfora del despojo. Este verso es la conclusión de la travesía del sujeto deseante, y tal vez el fin de la narratividad en el poemario: “El sol después de tanto encierro encandila” nos dice la poeta. Es la vida, el sol, la inclemencia del calor, la vuelta a la realidad, escaparse del poema, de su imaginación, de su fantasía. Tuvo que saltar por encima de su traje de prin-

cesa o de su traje de fantasma, y definitivamente prescindir de flores. Con su traje de fantasma subió a los troncos de los árboles para reconocer su soledad y dar testimonio de ella: “Subiendo por la enredadera del tronco/ está la historia de un fantasma,/ de una soledad/” (Añez, 1985:12). El fantasma como metáfora, es también el otro traje de la infancia. Pareciera que es un recuerdo borroso, tal como nos imaginamos los fantasmas. Tal vez una parte de ella que fue creciendo en la más absoluta soledad.

De ambos disfraces se deshace. Se trata de la metáfora del despojo. Cuando se asume la distancia entre lo real y lo irreal, entre la creencia y la certeza, entre lo obtenido y lo deseado, entre lo soñado y lo vivido desaparecen las máscaras, y una desnudez inclemente imprime en los ojos el cristal exacto para, no sólo, mirarse uno mismo, sino también para enfocar el mundo tal cual, sin el encantamiento del mito y de sus pompas. Pero incluso aún se puede viajar en la memoria y protegerse en el recuerdo, viajar, tal vez, en el columpio de la infancia y escapar así del presente que nos subyuga, son tal vez, recursos de supervivencia, de naufragos que somos. José Antonio Marina tiene un libro titulado “Ética para naufragos” cuyo título es muy emblemático y creo que sirve de metáfo-

ra para explicar, en parte, el poemario. En ese libro Marina cita la definición que da de naufrago el filósofo español Ortega y Gasset. Comienza Marina para continuar con Gasset:

“El naufrago como el creador, necesita mantenerse a flote por sus propias fuerzas”... “La vida es darme cuenta, enterarme de que estoy sumergido, naufrago en un elemento extraño a mí, donde no tengo más remedio que hacer siempre algo para sostenerme en él, para mantenerme a flote” (Marina, 1960:15).

Por eso la última parte del poema: Parte V: Los antepasados dialogan, es una vuelta al silencio personal e íntimo del hombre sabio, y a la contemplación para poder escuchar la voz del otro. Es la tabla de salvación del naufrago. El gran viejo que trae a la memoria el poemario, probablemente sea la figura del abuelo: “Aquel viejo de la huerta está perenne”-dice- (Añez, 1985:41). Ese viejo de la huerta persiste en la memoria, todavía conversa sobre los troncos de castaño, a pesar de que ya ... “no hubo tardes para leer las páginas llenas de azahares de los naranjos” (Añez, 1985:42). Y en otro orden, encontramos la metáfora de la sabiduría representada en el viejo “tan callado al atardecer” y “gran sabio de menguantes y crecientes” (Añez, 1985:42). El que encontró la fórmula

la para superar las muertes en sus constantes resurrecciones, a ese que le creció la barba y cuya soledad no cabe en la urna, el que tiene un nido en la cabeza como aquel espantapájaros de Gibran Jalil Gibran que me gustaba analizar con mis alumnos, cuyo placer era asustar y al cabo de cierto tiempo se convirtió en filósofo y llevaba un nido bajo su sombrero (Gibrán, 1976:23).

Si pudiésemos dibujar un mapa de los deseos expresados en el poemario, tal vez dibujaríamos ríos amorosos bordando de humedad la tierra, árboles gigantes batiendo sus ramas e inclinándose suavemente, como acariciando los senos-colinas de un inmenso valle rodeado de montañas. Sentiríamos los cántaros

de la abuela bañando de agua dulce las flores de la huerta, tal vez el fantasma estaría todavía trepando las ramas en busca de la luz, como aquel “Sísifo”, insistiendo siempre en la altura. La luz seguiría palpitando en las estrellas y no habría que encarar el miedo, ni el desamor, no habría tiempo de sequía, ni manos vacías de flores. No existiría la retórica del despojo, ni “una altanera muralla de espinas que mantiene su vida siempre/ al borde la muerte/” (Añez, 1985:28). Tal vez eso suceda algún día, creo que pensó nuestra autora, cuando escribió esto: “Cuando las bestias abandonen estos lugares/ el firmamento tendrá todo el amor de mis ojos” (Añez, 1985:31).

Bibliografía

- GIBRAN, J. Gibran. 1979. *El Loco*. Editorial Época. México.
- LAKOFF Y JOHNSON. 1980-2001. *Metáforas de la vida cotidiana*. University of Chicago. Ediciones Cátedra. Madrid.
- AÑEZ, María. 1985. *No son flores lo que traigo entre manos*. Facultad Experimental de Ciencias. Maracaibo (Venezuela).
- BOBES, Carmen. 2004. *La Metáfora*. Edit. Gredos. Madrid (España).
- COURTES, L. 1980. *Introducción a la Semiótica Narrativa y Discursiva*. Edit. Hachette. Buenos Aires.
- CUENCA Y HILFERTY. 1999-1995. *Introducción a la lingüística cognitiva*. Ariel Lingüística. Barcelona (España).
- MARINA, José. 1995. *Ética para náufragos*. Editorial Anagrama. Barcelona (España).